

EL PERIODO FUNDACIONAL

Una sencilla Real Orden de fecha 29 de mayo de 1917, firmada por el Ministro don José Francos Rodríguez, daba carácter oficial a la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. El 22 de noviembre siguiente, el Jefe Superior de Palacio, Marqués de la Torrecilla, comunicaba a la Academia recién creada que Su Majestad el Rey «se sirvió acceder a los deseos manifestados, concediéndola el título de Real, que podrá usar en todos los emblemas y documentos».

Ha transcurrido algo más de medio siglo desde aquella fecha, aunque no más de cincuenta años de efectiva vida académica, pues la guerra civil de 1936 y posteriores circunstancias adversas paralizaron durante algunos años el normal funcionamiento de la Real Academia toledana. Por eso es ahora buena ocasión para recordar brevemente la pequeña historia del origen y constitución de esta Real Academia.

TOLEDO, 1916

En este medio siglo último la humanidad ha sido protagonista y testigo de tales cambios, que puede hablarse de una nueva edad histórica. Sólo un pequeño grupo de soñadores y visionarios podía hace diez lustros haber previsto parcialmente algunos de los logros de la técnica, de las consecuencias de posibles guerras y del desarrollo político de los pueblos. No es fácil imaginar cómo era entonces Toledo, una ciudad viva, desde luego, pero provinciana y escasamente poblada. Los toledanos son testigos de excepción, desde su atalaya distante y castrense, de una guerra sangrienta y espectacular, de alcance mundial, entre las principales potencias. Afortunadamente son sólo testigos, pues España ha logrado permanecer entre los pocos países europeos neutrales. La neutralidad parece beneficiosa para España, que experimenta un desarrollo económico notable. La nación vive también, entre convulsiones sociales y políticas, una nueva edad dorada para la literatura y el arte.

No falta en nuestra ciudad un grupo entusiasta de amantes

de la historia y el arte toledano. No es extraño, por ello —como cuenta, con su florido estilo finisecular, el primer secretario de la Corporación, don Adolfo Aragonés—, que surgiese un grupo activo y dinámico, y así «vino a formarse una tertulia que los domingos reuníase ha poco más de un año [es decir, desde primeros meses de 1916] en el despacho del Director de la Escuela de Artes y Oficios. Y en aquellas tertulias domingueras, integradas por encariñados amantes de Toledo, nació, un día, la idea de arbitrar recursos para restaurar el templo mozárabe de San Lucas, y los recursos se arbitraron y la restauración se efectuó seguidamente; se dio cuenta de que la llamada Puerta de Doce Cantos, obligada a actuar de muro de contención de tierras, por el inmenso cúmulo de escombros que tras ella gravitaba, y desprovista de uno de los grandes sillares de las jambas, amenazaba ruina, y detúvose ésta con la separación de las tierras y con el recalzado de las fábricas. Y en la emprendida marcha bienhechora, que se habían trazado a seguir aquella docena de amantes de Toledo, abordóse otra hermosa empresa: la de restaurar la Iglesia de San Sebastián.

»De todas estas entusiastas iniciativas y altruísta laboriosidad diose cuenta al pueblo y la prensa toledana, e hizose resaltar que era de necesidad reconocida la existencia de una Corporación similar a las que en otras ciudades funcionaban como defensoras de los monumentos y de la historia; como benéfica asesoría, como formidable dique contra los mal aconsejados demoleedores y hasta contra desaprensivos chamarileros, de humilde o elevado rango, que de todo se goza en Toledo.

»He aquí cómo surgió la idea de crear una Academia análoga a las que desde el año 1849 funcionan en varias capitales de provincia, y redactados los Estatutos y Reglamento por que había de regirse la proyectada Corporación, y sometidos aquellos a la aprobación del Gobernador civil, cual previene la Ley de Asociaciones, quedó constituida, el domingo día 11 de junio de 1916, la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, aún a título privado.

En un principio se pensó que la Academia estuviera compuesta de veintitún académicos de número y de académicos correspondientes en número indefinido. Entre los numerarios se incluían los doce fundadores, que elegirían otros nueve, con-

forme a los Estatutos, entre las personas que se hubiesen distinguido en Toledo por su dedicación al arte y la historia. Entre los académicos fundadores se encontraban personalidades destacadas en la vida cultural de la ciudad, como don Rafael Ramírez de Arellano, don Teodoro de San Román y Maldonado, su hijo don Francisco de Borja San Román, don Juan de Mata Moraleda y Esteban, don Pedro Román, don Vicente Cutanda, don Sebastián Aguado y don Adolfo Aragonés de la Encarnación. Entre los primeros correspondientes se cuentan don Rodrigo Amador de los Ríos, tan amante de Toledo (que fue también el primer fallecido de la Corporación, pues murió en Madrid el 12 de mayo de 1917), y el entusiasta don Angel Vegue Goldoni, cuya residencia habitual era Madrid.

El citado día fundacional de la Academia, 11 de junio de 1916, se procedió a designar los cargos directivos académicos por votación secreta, conforme a lo dispuesto en los Estatutos, quedando elegidos:

Director: Don Rafael Ramírez de Arellano.

Secretario: Don Adolfo Aragonés.

Censor: Don Vicente Cutanda.

Depositario: Don Ezequiel Martín.

Bibliotecario: Don Francisco de B. de San Román.

«Al quedar constituida la Academia —escribe el señor Aragonés—, su primer acuerdo, la primera señal de su existencia, fue dirigirse a todas las autoridades y directores de entidades toledanas y a todas las Academias análogas nacionales y extranjeras, ofreciéndose en la labor cultural que se imponía y solicitando, muy particularmente, la cooperación y amparo, a fin de que tengan más validez y eficaz resultado los trabajos de investigación y de defensa que estaba dispuesta a realizar la nueva Corporación.» Se recibieron testimonios de fraternidad y simpatía de varias Academias nacionales y de provincias, siendo especialmente expresivas las de las Reales Academias Española y de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, y de Ciencias y Artes de Barcelona.

El derroche de auténtico entusiasmo y sacrificio de los primeros académicos, y muy especialmente de los miembros de su Junta de Gobierno, consolidó rápidamente la recién creada Academia.

Otros académicos correspondientes de la primera hora fueron: don Ramón Pulido Fernández, eficaz colaborador, y el director del Museo del Prado, don Narciso Sentenach y Cabañas; don Julio Burell, ministro a la sazón de Instrucción Pública y Bellas Artes, que incoó el expediente para la declaración del reconocimiento oficial de la Academia, y de modo particular el excelentísimo señor Conde de Casal, senador del Reino por la provincia de Toledo, que tomó la Academia con interés extraordinario y a la que sacrificó muchos afanes y dispendios económicos.

La cordial acogida de todas las propuestas que elevó la Academia, en los primeros meses de su existencia, al eminentísimo señor cardenal Guisasola, por entonces arzobispo de Toledo, y los grandes méritos de los señores Conde de Casal y ex ministro don José Francos Rodríguez (sucesor del señor Burell), motivó que la Academia les nombrase Académicos Honorarios.

El señor secretario de la Corporación, señor Aragonés, en la Junta pública de 24 de junio de 1917, la primera celebrada, escribe en la *Memoria*: «Conforme a Reglamento, la Academia se subdivide en tres secciones: Ciencias históricas, Artes liberas y Artes industriales. Es decir, que objeto preferente de las tareas de la Academia es la reunión y estudio de materiales científicos y artísticos que tengan por fin principal la divulgación y amplitud de conocimientos en estos dos ramos de la cultura humana; la investigación y conservación de monumentos artísticos e históricos, dignos de ser conocidos y apreciados por todos los amantes del progreso intelectual y social; y, para la persecución de estos fines, la Academia va procurando reunir un escogido número de correspondientes en todas las ciudades españolas, particularmente en los pueblos de la provincia de Toledo, así como en las del extranjero, entendiéndose, a la vez, con los centros de cultura de todas las naciones.»

La primera Junta pública que celebró la Academia tuvo lugar, como hemos dicho, el día 24 de junio de 1917, en el Salón Capitular alto de las Casas Consistoriales, bajo la presidencia del cardenal don Victoriano Guisasola, con una brillante concurrencia. El numerario don Gerardo García Rey leyó un discurso académico sobre *Alonso Vázquez, soldado e historiador*, célebre cronista de las guerras de Flandes, natural de Toledo.

Con anterioridad le había precedido en el uso de la palabra el secretario, don Adolfo Aragonés, quien leyó la primera *Memoria* de las actividades académicas tenidas durante todo el curso, hasta la fecha en que éste se cerraba.

La intensidad de trabajo en el primer año de existencia académica se manifiesta en las palabras siguientes del señor Aragonés:

«Ni una sola semana ha dejado la Academia de celebrar sus reglamentarias sesiones. En el transcurso del año que conmemoramos se celebraron 54 Juntas ordinarias y una extraordinaria, ésta en honor del académico correspondiente ilustrísimo señor don Rodrigo Amador de los Ríos, y, salvo rarísima excepción, en todas las Juntas ordinarias se presentaron o diéronse lectura a trabajos, que, comenzando por el señor director, y siguiendo por orden de antigüedad académica, vamos a relacionar.» Y el señor secretario enumera y describe en somero resumen ocho trabajos de don Rafael Ramírez de Arellano; diversas actividades de don Sebastián Aguado; un trabajo de don Teodoro de San Román sobre el arzobispo Valero y Losa; labor artística de don Pedro Román; el estudio de don José María Campoy sobre *El antiguo Hospital de Santiago*; don Manuel Tovar Condé presentó unos croquis de ciertas ruinas árabes en una casa de la calle de la Puerta Llana; don Roberto Rubio organizó la Exposición provincial de Bellas Artes y Artes Industriales, en relación con las actividades de la Academia; don Adolfo Aragonés, un importante ensayo biobibliográfico; don Vicente Cutanda, tres estudios sobre otras tantas iglesias toledanas; don Angel María Acevedo se ocupó de la mejor conservación del templo de San Andrés; don Juan Moraleda presentó tres estudios de tema toledano; don Francisco de B. San Román presentó un estudio sobre *La parroquia de San Andrés*, con larga referencia al embajador don Francisco de Rojas, y los muy importantes *Nuevos documentos sobre Lope de Vega*; don Aurelio Cabrera tuvo tres aportaciones de interés artístico; don Ezequiel Martín llevó la dirección técnica de las restauraciones promovidas por la Academia en los templos de San Lucas y San Sebastián; don Buenaventura Sánchez-Comendador contribuyó con el proyecto de título para los señores académicos, y don Hilario González presentó cuatro estudios, uno referente a los tapices de la iglesia de San Vicente y los otros

tres dedicados a heráldica y a enseñas y pendones de la ciudad y de la Santa Hermandad.

OTRAS ACTIVIDADES ACADÉMICAS

Las dos primeras piezas arqueológicas donadas a la Academia y así salvadas del olvido fueron modestas: un fragmento de lápida sepulcral medieval, de un cierto *nobilis Alfonsus*, y otra procedente de la iglesia parroquial de San Cristóbal, ofrecidas, respectivamente, por don Pedro Gutiérrez y por mi padre, don Rafael Gómez-Menor. Además se estudiaron otras dos lápidas, que quedaron *in situ*, y se recuperó un ara visigótica, de la iglesia de San Miguel el Alto, trasladada al Palacio Arzobispal, donde existía una colección arqueológica muy cuidada por el cardenal Guisasaola.

Desde sus primeras actividades, la Academia se ocupó de emitir informes sobre asuntos sometidos a su dictamen, relativos a obras proyectadas en iglesias de la ciudad. El eminentísimo cardenal Guisasaola dio ejemplo en este sentido. Por eso escribe el secretario señor Aragonés: «Justísimo es consignar que el cariñoso Prelado acogió el nombramiento de Académico Honorario como uno de los títulos más preciados que puede ostentar todo buen patriota, porque tal designación, según frases suyas, indicaba que, por fortuna, existía en Toledo una entidad que tales y tan hermosos títulos otorga, y ello implicaba la existencia en Toledo de elementos que entrañan el cariño y la defensa que Toledo merece. Y ratificó estas sinceras manifestaciones *recomendando que en todo cuanto haya de realizarse en los edificios pertenecientes a la Archidiócesis sería sometido al dictamen de la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas.*»

En esta misma primera Junta pública, celebrada el 24 de junio de 1917, pronunció, una vez leída la Memoria, un breve pero muy interesante discurso el director de la Real Academia, don Rafael Ramírez de Arellano, que se incluyó íntegro en el primer número del *Boletín*.

Este lleva fecha de octubre de 1918 y consta de 64 páginas. En él se incluye también la memoria académica del segundo año de su vida oficial, es decir, del curso 1917-1918. En él se consolidó la nueva Academia toledana, gracias al entusiasmo

de sus miembros. Además de los trabajos de investigación escritos y leídos por los señores académicos, hay que destacar un hecho de gran importancia cultural, como fue el descubrimiento realizado por don Juan Moraleda Esteban de una singularísima lápida hebrea exhumada por unos labradores en el sitio de Darrayel, cerca de la Venta del Hoyo, cuyo propietario, don Antonio Vélez Hierro, la donó a la Academia. Se trata, como es sabido, de la lápida del magnate judío Rabí Moisés Abi Zardiel, fallecido en 1355, coetáneo, por tanto, del nasí Semuel ha-Leví, y del rey Alfonso XI.

En este curso ocurre el fallecimiento del primer académico numerario y fundador, don Juan García-Criado y Menéndez, ocurrida el 3 de febrero de 1918.

El académico honorario señor Conde de Casal presentó un valioso estudio sobre la cerámica de Alcora y otro sobre *El Castañar de Cisneros*, que leyó en Junta pública y solemne, con que la Real Academia celebró el IV centenario de la muerte del cardenal don fray Francisco Jiménez de Cisneros.

También en este curso el numerario don Narciso de Esté-naga Echevarría descubrió, por así decir, documentalmente, la condición de escultor del gran Dominico Greco, llevando a la sacristía de la catedral el relieve de la *Imposición de la Casulla a San Ildefonso*, que se conservaba en la capilla del Seminario Conciliar.

En este mismo curso, la Comisión permanente de la Academia fue recibida por S. M. el Rey. Lo narra en la Memoria el secretario don Adolfo Aragonés con estas palabras: «A las doce horas del día 20 de diciembre de 1917, la Comisión permanente, que en Madrid representa a esta Real Academia, fue recibida por Su Majestad el Rey (q.D.g.), en audiencia de gracias, por haberse dignado otorgar el título de Real a la Academia...; y tales frases de bondad y de entero conocimiento dedicó el Monarca a nuestra Corporación, y tan entusiástico cariño reflejó hacia Toledo, que, celebrando que en la cuna del Arte y de la Historia se estableciera la primera Academia creada en su reinado, declaróse Académico Protector...»

La vacante dejada por el señor García-Criado fue ocupada por don Alvaro González Saz, primer académico electo ya fundada la Academia, cuyo discurso de recepción versó sobre *Orientación de la Arquitectura local*.

Durante dicho curso se eligieron 24 académicos correspondientes, cinco de ellos en Toledo y tres en países extranjeros; entre ellos, doña Blanca de los Ríos, don Adolfo Bonilla y San Martín y el doctor Hugo Obermaier.

El segundo número del *Boletín* de la Academia lleva la fecha de *Enero 1919*, y consta de 64 páginas, mismo número que el primero.

El tercer año o curso de vida académica fue, si cabe, aún más intenso en actividades y estudios, y puede decirse que en él se consolidó definitivamente la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

J. GÓMEZ-MENOR

Numerario